

## UNAMUNO EN 1899: SU SEPARACION DEFINITIVA DE LA IDEOLOGIA PROGRESISTA

Los escritos que constituyen el segundo libro de Unamuno, *Tres ensayos*, publicado por Rodríguez Serra en 1900, son todos ellos muy significativos en el desarrollo de su pensamiento<sup>1</sup>. El que se concibió primero parece haber sido "La fe", de la cual asegura el estudioso descubridor del *Diario unamuniano* de 1897 Dr. Armando Zubizarreta que conoce "alguna redacción de él anterior al año 1891". "El tema de sus notas sobre la fe —continúa— aparecerá diluido en *Paz en la guerra*"<sup>2</sup>. Además, el ensayo "¡Pistis y no gnosis!" publicado en enero de 1897 en la *Revista Iberoamericana* —anterior por lo tanto al estallido de la crisis de marzo de aquel año— contiene varios párrafos esenciales de lo que más tarde va a constituir "La fe"<sup>3</sup>. El más reciente, en cambio, es "¡Adentro!", fechado sencillamente 'Año de 1900'; es el preferido de Unamuno en el momento de escribir a "Clarín" en mayo de 1900<sup>4</sup>, y además el más programático, si no tan chocante a las susceptibilidades católicas como "La fe". "La ideocracia", que es el que nos interesa más en este estudio, ocupa una posición intermedia; salió en primer lugar con otro título —"La tiranía de las ideas"— y algunas variantes, pero dedicado igualmente a Ramiro de Maeztu, en *Vida nueva*, núm. 52, 4 de junio de 1899. Cuatro números más tarde, la misma revista publicó una violenta contestación, "Las ideas contra la tiranía", de uno que se firmaba "Gil Blas de Santillana". Esta crítica está citada en otro ataque contra la actitud de Unamuno publicado con el título "Enseñando la oreja" en la publicación quincenal ácrata *La revista blanca*, núm. 30, 15 de septiembre de 1899, y debido a un tal Santiago Gomila; pero éste se ocupa más de otro artículo unamuniano "La víctima Portas" que vio la luz en el diario barcelonés *Las Noticias*. IV, núm. 1.254, 27 de agosto de 1899. Estos dos artículos sacan a

---

<sup>1</sup> Para la historia detallada de estos ensayos, véase el prólogo al vol. III de las *Obras completas*, Aguado-Vergara, ed. M. García Blanco, págs. 17-23 (= *OC*).

<sup>2</sup> "La inserción de Unamuno en el cristianismo: 1897", *Cuadernos hispanoamericanos*, 106, Oct. 1958, pág. 30 (= *Zub. Inserción*).

<sup>3</sup> *OC*, IV, pág. 1.019, nota del editor. Los párrafos incluidos en "La fe" son señalados con un asterisco.

<sup>4</sup> Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés, *Epistolario a Clarín* (1941), Carta del 9. V. 1900, pág. 92 (= *Epist. Clarín*).

reducir las diferencias de criterio que han venido surgiendo entre Unamuno y sus antiguos correligionarios progresistas, el primero en términos generales, el segundo, como manifiestan el título referente a Portas y la época de que se trata, alude al tan notorio y tan manoseado proceso de Montjuich. En este estudio, me propongo entresacar y poner de relieve estos cuatro escritos, relacionándolos con otros ensayos de la misma época, no tanto lo referente al ambiente político, exacerbadísimo, de aquellos días, sino los pasajes que nos digan algo de la evolución espiritual de Unamuno y sobre todo de la opinión en que le tenían sus contemporáneos de izquierda.

\* \* \*

Primero, sin embargo, conviene indicar sumariamente las relaciones de Unamuno con el movimiento intelectual de orientación libertaria a finales del siglo pasado. La revista ácrata *Ciencia social*, fundada en Barcelona en octubre de 1895, acogía artículos de diversos intelectuales por aquel entonces anarquizantes tales como Pedro Corominas, quien colaboró desde el primer número, y el amigo de éste y de Unamuno Jaime Brossa. Fue Corominas quien propuso a Unamuno como posible colaborador<sup>5</sup>. En *Ciencia social* publicó éste cuatro artículos, típicos todos de su pensamiento de antes de la crisis de 1897. Son "La dignidad humana", núm. 4, enero de 1896, "La crisis del patriotismo", núm. 6, marzo, "La juventud 'intelectual' española", núm. 7, abril, y "Civilización y cultura", núm. 9, junio, en el número que fue recogido<sup>6</sup> por la policía en la represión que siguió el horroroso atentado anarquista contra la procesión del Corpus de Santa María del Mar en la calle de Canvis Nous el 7 de junio de 1896. En la oleada de repugnancia y de indignación que sucedió a este ultraje, en que resultaron muertas unas 12 ó 15 personas<sup>7</sup>, se detuvo en Barcelona a casi todos los elementos de extrema izquierda, entre ellos los redactores de *Ciencia social* y señaladamente a Pedro Corominas, a quien se creía uno de los intelectuales directamente inspiradores de la atrocidad por

<sup>5</sup> "Correspondance entre Unamuno et Corominas", ed. J. Corominas, *Bulletin hispanique*, LXI (1959), carta de Corominas a Unamuno, 31. V. 1896, pág. 387; continuación en *BHi*, LXII (1960) (= *Corr. Corominas*, I & II).

<sup>6</sup> Unamuno lo describe así en 1905: "revista de sociología, artes y letras, que se publicaba en Barcelona y de la que sólo aparecieron al público ocho números, pues del noveno se recojieron los ejemplares todos durante el vergonzoso período de las atrocidades de Montjuich y de los más disparatados procedimientos a que el miedo y la ignorancia pueden conducir a los hombres que tienen el ejercicio de la autoridad, sin ser capaces de ejercerla debidamente", "La crisis actual del patriotismo español", *OC*, III, pág. 940.

<sup>7</sup> El *Times* del 9. IX. 1896, citando la encuesta oficial dice que hubo unos 15 muertos. Según *Un segle de vida catalana 1814-1930* (1961), vol. II, pág. 837, hubo tres muertos y nueve heridos graves.

haber dado algunas conferencias en el Ateneo Obrero donde se pretendía que se había urdido el acto terrorista. El proceso, relegado a la jurisdicción militar y llevado a cabo con el mayor misterio, se convirtió casi en el proceso del mismo Corominas<sup>8</sup>. Hubo graves temores por su vida y tal era el pánico que se apoderó de la ciudad que se efectuó un ostracismo general de los amigos y defensores suyos<sup>9</sup>. Unamuno, lejos, en su Salamanca, se mantuvo leal. Según el testimonio de Corominas, en la necrología que dedicó a don Miguel en la *Revista de Catalunya* de febrero de 1938, éste llegó hasta arrodillarse ante Cánovas suplicando por su amigo amenazado<sup>10</sup>. También mandó al castillo de Montjuich un ejemplar de su primer libro *Paz en la guerra*, con la siguiente dedicatoria, muy audaz dadas las circunstancias: *Ya que yo no pueda, que le acompañe a V. en esa soledad este libro en que va mucho de mi alma. Con él va toda mi simpatía y mi cariño hacia usted, amigo Corominas. MIGUEL DE UNAMUNO.*

Lo que más despertó la indignación de los elementos de izquierda fueron las sospechas, hartamente fundadas, de que se habían practicado violencias sobre las personas de algunos de los encausados, bajo las órdenes del teniente de la Guardia Civil Narciso Portas, con el objeto de probar la culpabilidad, primero, de uno de los reos, Luis Mas, que por fin sufrió la pena capital, y luego de Corominas. Los defensores lograron insistir en su derecho a interrogar a estos acusados, que tenían por lo tanto que comparecer ante el tribunal<sup>11</sup>; uno de ellos, según parece, había perdido el juicio bajo los tormentos sufridos<sup>12</sup>. Por fin recayó la pena de muerte sobre cinco de los acusados, y a veinte más se les condenó a diversas sentencias de presidio. Corominas, con los sesenta restantes, quedó absuelto

<sup>8</sup> Véase AMADEU HURTADO: *Quaranta anys d'advocat. Història del meu temps*, (México 1956), pág. 33. Hurtado, amigo y abogado de Corominas, da una relación detallada y autorizada del proceso.

<sup>9</sup> Hurtado, pág. 31, y *Corr. Corominas*, I, carta de Alfonso Corominas citada en nota 3, pág. 389.

<sup>10</sup> "Va córrer a Madrid, es presentà a Cánovas i desesperadament se li va agnollar als peus; féu moure Joaquín Costa. Ell fou el primer que, quan l'opinió pública era odiosament enemiga dels presos i un diari republicà obria una subscripció per a fer present d'una *espasa d'honor* al tinent Portas, director dels turments, va tenir el coratge de defensar-nos". "La tràgica fi de Miguel de Unamuno", *Revista de Catalunya*, XVI, No. 83, 15. II. 1938, pág. 157. Hay una traducción castellana, defectuosa (véase crítica de J. Corominas, *Corr. Corominas*, II, pág. 68) en *Atenea*, LIII, julio 1938, págs. 101-14, y una francesa, escrupulosa, en *Corr. Corominas*, II, págs. 68-76. Véase también la carta del 27. IX. 1897 en que Corominas le llama "el único que sorprendió a mis padres trabajando honradamente por mi salvación sin que ellos se lo pidieran". *Corr. Corominas*, I, pág. 399.

<sup>11</sup> Hurtado, págs. 36-39.

<sup>12</sup> Hurtado, pág. 39, y *Les presons imaginàries* (L'Avenç 1899), págs. IX-X: "Una nit, del calaboc estant, vaig sentir a sota terra el cant d'un boig... Aquell home també m'havia acusat a mf... No se sap si els sofriments o la consciència li van fer perdre el seny; però el cas és que ell cantava, el pobre boig, cantava, i amb uns crits que em trencaven el cor ens cridava pel nom i ens demanava a tots que el perdonessim."

por el Consejo Supremo (el Consejo de Guerra ordinario le había condenado a varios años de reclusión) pero siguió en los calabozos de Montjuich, junto con los reos condenados a muerte y en malas condiciones<sup>13</sup>, hasta el 10 de junio cuando le llevaron al destierro. La máxima prueba, indudablemente, de las pasiones suscitadas por el proceso contra los anarquistas militantes fue el asesinato de Cánovas en el balneario de Santa Agueda en agosto de 1897 por el anarquista italiano Angiolillo, que había viajado expresamente desde Londres para emprender esta sangrienta represalia contra un hombre que no había intervenido en el asunto más que para indultar a algunos de los condenados<sup>14</sup>. Portas tampoco se escapó indemne; fue víctima de una violenta agresión en plena Plaza de Cataluña por el periodista Sempau.

Se reanudó la actividad periodística libertaria a mediados de 1898 con la fundación de *La revista blanca*, impresa por el mismo grupo que *Ciencia social* y editada igualmente por Anselmo Lorenzo. Unamuno dio un artículo, "Literatismo", al primer número, 1.º de julio de 1898, pero no es probable que colaborase más. Poco antes se había fundado *Vida nueva*, revista que pretendía abrir sus columnas a todas las opiniones avanzadas<sup>15</sup>, y que merecía la alabanza tanto de Unamuno como de Corominas<sup>16</sup>. Unamuno publicó allí, en el tercer número, su "¡Muera Don Quijote!", tan contrario en sus sentimientos a su actitud posterior, y varios artículos más<sup>17</sup>.

A principios de 1899 Corominas, de regreso ya en España, empezó a reclamar contra los procedimientos del proceso. Primero publicó en *Vida literaria* (enero de 1899) una traducción castellana de *Les presons imaginàries*, que, comenzada ya en el castillo, salió en catalán en forma de libro el mismo año. A partir del número de mayo emprendió en *Vida nueva* una agitación decidida en favor de la revisión del proceso; en dicha revista aparecieron la poesía "Montjuich" del mismo Gomila criticador de Unamuno (núm. 53, 2 de junio de 1899) y otra de Eduardo Marquina, "A los hombres del pueblo": *poesía leída en el meeting de Reus para la revisión del proceso de Montjuich* (núm. 57, 9 de julio). El indulto concedido más

<sup>13</sup> *Corr. Corominas*, I nota 3, pág. 389, y *Les presons imaginàries*, págs. IX-XII.  
<sup>14</sup> A Corominas se le acusaba, infundadamente desde luego, de complicidad en el asesinato. Véase *Corr. Corominas*, I, págs. 399-400.

<sup>15</sup> Véase la declaración de independencia del primer número del 12. VI. 1898, en plena guerra con los Estados Unidos. La revista será nueva y moderna, dice, no el periódico de Hoy sino de Mañana. Los colaboradores serán independientes, pero nunca reaccionarios.

<sup>16</sup> Unamuno en una carta a Gómez Carrillo, publicada en *Mercure de France*, febrero de 1904; véase mi estudio "Unamuno and the Younger Writers in 1904", *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXV (1958), pág. 85. Según Corominas, "La tràgica fi...", pág. 158, "*Vida nueva* fou per un moment el lloc de concentració [de la Generación del 98] a Madrid".

<sup>17</sup> En total una docena, tres publicados después de "La tiranía de las ideas".

tarde por Silvela a los presos aún detenidos en las Islas Chafarinas acabó por silenciar la campaña<sup>18</sup>.

\* \* \*

Mientras tanto y casi coetáneamente con el proceso de Montjuich había estallado en marzo de 1897 la crisis religiosa de Unamuno, analizada desde distintos puntos de vista por Sánchez Barbudo<sup>19</sup> y Zubizarreta<sup>20</sup>. Entre los muchos amigos a quienes Unamuno comunicó sus hondas inquietudes figuró Alfonso Corominas, hermano del procesado<sup>21</sup>. "La tiranía de las ideas" es uno de los varios ensayos redactados pocos años después de la crisis, en los cuales se transparenta el abandono de su actitud francamente progresista. Este cambio de criterio se refleja admirablemente en los *Tres ensayos*: ¡Adelante! está sustituido por "¡Adentro!" como grito de guerra; la fe vivida, antidogmática, fe que es esperanza y confianza (*pistis*) se ensalza a expensas de la fe conocida, doctrinal, fe que es creencia (*gnosis*); se rechaza la supremacía del intelecto afirmando en vez de la idea inmutable la personalidad del individuo. El librito de 1900 viene a rematar el cambio de orientación efectuado en 1898 y 1899. De la derivación netamente antiprogresista de su pensamiento la expresión más elocuente es el ensayo "La vida es sueño" (*La España moderna*, noviembre de 1898). En otros ensayos, frente al criterio socio-económico antes dominante surge el espiritual o religioso; en el muy significativo "Nicodemo el fariseo" (*Revista nueva*, noviembre de 1899) asevera que lo económico y lo religioso son los dos goznes de la historia humana —todavía no desvalora aquél a medida que realza éste, como había de hacer andando los años— y condena el intelectualismo en términos tan sentidos como categóricos:

Sé lo que es el intelectualismo; lo he padecido y hoy mismo, que contra su costra de hielo golpeo, lo padezco tal vez más de lo debido. He llegado a conocer una enfermedad terrible semejante en el orden del espíritu a lo que en el orden de la materia sea una autofagia, un estómago ulcerado que, destruido el epitelio, empieza a digerirse a sí mismo. (*OC*, III, pág. 126).

Para el Unamuno de "La tiranía de las ideas", pues, ya no vale una

<sup>18</sup> "La trágica fi...", pág. 158.

<sup>19</sup> "Una experiencia decisiva: la crisis de 1897", *Hispanic Review*, XVIII (1950), 218, luego incorporado en *Estudios de Unamuno y Machado* (1959), págs. 43-79.

<sup>20</sup> Aparte de *Zub. Inserción*, véase "Miguel de Unamuno y Pedro Corominas", *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, IX (1959), págs. 5-34. Tómense en cuenta los peros que pone Joan Corominas a la tesis asentada por Zubizarreta, *Corr. Corominas*, II, postscriptum, págs. 64-68.

<sup>21</sup> Zubizarreta, "Unamuno y Corominas", pág. 8, y *Corr. Corominas*, I, nota 3, pág. 389.

ideología rígida, inalterable, de hombres que abrigan verdades absolutas; proclama en cambio la prioridad de la personalidad y el derecho inajenable a contradecirse. "Vivir todas las ideas para con ellas enriquecerme yo en cuanto idea, es a lo que aspiro... Quiero ser su dueño, no su esclavo". (*OC*, III, pág. 430).

No cabe duda de que Unamuno está refiriéndose específicamente a las ideas cerradas de los anarquistas; al tratar más adelante de la secuela de las increpaciones ácratas, tendremos ocasión de precisar más su concepto de la distintiva ideocracia libertaria. En una carta a Corominas de mayo de 1900, habla del enorme estrago que la ideocracia está haciendo en España. "No he vacilado —dice— en dar a mi ensayo una forma paradójica, y dejar que por falta de más amplio desarrollo aparezcan algunas afirmaciones como estupendos absurdos. El toque está en qué hemos de entender por idea" (*Corr. Corominas*, pág. 435). El ensayo adolece, a mi ver, precisamente de esta falta de definición exacta de lo que 'idea' significa para Unamuno. El aparente abandono de toda idea en favor de una libertad de acción sin límites suena más a anarquista que las mismísimas teorías de sus adversarios. Y su defensa de su tesis en su carta a "Clarín" del mismo mes de mayo también denuncia esta tendencia disolvente a ultranza.

No tendría inconveniente —afirma— en rebatir mi ensayo, exponiendo contra su tesis los argumentos todos que otros puedan exponer. En el fondo me importa poco que la tesis sea o no errónea, porque la tesis es para mí lo menos en un escrito de esa índole. *Es una ocasión para verter el alma*<sup>22</sup>.

No es de extrañar que "Clarín" la hubiese calificado de 'peligrosamente errónea'.

En las dos cartas, sin embargo, Unamuno clarifica un poco su concepto de lo que es una idea: de sus lecturas de psicología ha concluido que la idea no es más que un epifenómeno, o sea un reflejo, una mera sombra. ¿No será en el fondo que la idea que Unamuno aborrece y aparta de sí es la de la muerte, la constante e ineludible de la condición humana, la que bien quisiera él sólo fuera un epifenómeno?

"La víctima Portas", por su parte, pone de manifiesto otra faceta típica del Unamuno de este momento, que es la compasión sentida hacia todo ser humano, según un concepto de la caridad cristiana interpretada tolstoyanamente<sup>23</sup> hasta el punto de abarcar a todos incluso a los tenidos por malos o perversos. Concepto que corresponde al convencimiento, tantas veces repetido hacia 1900, de que el cristianismo no había entrado todavía en el alma de los que se llamaban cristianos. Así, en "¡Pistis y no gnosis!"

<sup>22</sup> *Epist. Clarín*, págs. 102-03; el subrayado es mío.

<sup>23</sup> Véase la carta a Federico Urales citada más adelante.

a los gritos en favor de sinceridad y de tolerancia añade el de misericordia (pero nótese que al refundir el ensayo "La fe" el papel de 'misericordia' queda sensiblemente disminuido) criticando a las gentes de orden por el placer que toman en el castigo del delincuente. Es el revés de la medalla del caso Portas, a quien Unamuno considera no sólo verdugo sino al mismo tiempo víctima deformada del militarismo y por tanto igualmente merecedor de la compasión cristiana.

Esta nueva orientación no es, sin embargo, repentina ni apresurada, sino por el contrario tiene como fondo una larga historia sólo en parte conocida. El anhelo de la fe o al menos de la creencia en la inmortalidad es implícito en casi todo lo que escribió, y la conversión de 1885 que Sánchez Barbudo califica de "chateaubrianesca"<sup>24</sup>, sea sincera o no —y yo creo que el motivo y el anhelo sí eran auténticos— evidencia esa constante preocupación por la cuestión de la fe, llave para quien la tiene que abre la puerta a la eternidad segura. Y después de 1886 en que, abandonada la fe, militaba en las filas socialistas y anticlericales, no tardó en encontrarse otra vez insatisfecho en cuanto al problema religioso. El Dr. Zubizarreta, muy fundadamente, ha llevado los preliminares de la crisis a los años 1895 y 1896, y es indudable que en la carta del editor Bernardo Rodríguez Serra del 8 de mayo de 1895 se reflejan las agónicas preocupaciones religiosas que entonces experimentaba Unamuno. Incluso es probable otra conversión momentánea más o menos auténtica, relacionada verosímilmente con una visita al Padre Lecanda en Alcalá de Henares<sup>25</sup>. Igualmente evidentes resultan sus temores por el efecto que este cambio había de producir sobre sus compañeros socialistas y anarquistas profesadamente ateos. Finalmente nos proporciona un importante testimonio de su temprana reacción contra el intelectualismo.

Esta conversión, si es lícito considerarla tal, que corresponde a la tendencia "mística" que Unamuno destaca el mismo mes en una carta a "Clarín"<sup>26</sup>, tiene indudable relación con la crisis de 1897. Lo que no me parece tan claro es que sea una "antesala" de su inserción en el cristianismo. La crisis de marzo de 1897, con sus características marcadamente angustiadas, no será para mí, como supone sin discutirlo Zubizarreta, una crisis de conversión, de inserción definitiva en el cristianismo, sino de desesperación al sentirse excluido de la fe, de querer creer sin conseguirlo<sup>27</sup>; anhelo que por otra parte no deja de aspirar a captar la fe mediante unas devociones rutinarias pero que por el momento (y en efecto nunca)

<sup>24</sup> *Revista hispánica moderna*, XV (1949), 99-106, y luego en *Estudios sobre Unamuno y Machado*, págs. 15-29.

<sup>25</sup> A. Zubizarreta, "Desconocida antesala de la crisis de Unamuno: 1895-1896", *Insula*, núm. 142, Sept. 1958, págs. 1, 10.

<sup>26</sup> *Epist. Clarín*, carta del 31. V. 1895, pág. 53.

<sup>27</sup> SÁNCHEZ BARBUDO: *Estudios...*, págs. 45-48.

no se alcanza. Resulta de lo más inexacto, pues, por lo retórico y por lo inequívoco de su tono, la afirmación de que "en España, en marzo de 1897, un hombre que militaba en el humanismo ateo de su época es llamado por Dios"<sup>28</sup>. Pero la cuestión de la fe unamuniana es un tema primordial y espinoso, y además, de amplias consecuencias; espero volver a él en otra ocasión.

El hecho es que dudando como dudaba de la eficacia del intelectualismo y cada vez más preocupado por el problema ontológico, Unamuno continuó no obstante publicando, y señaladamente en *Ciencia social*, artículos de índole colectivista e intelectualista. Para probar la fluidez de su criterio de estos años, comparemos "La juventud 'intelectual' española" con "La tiranía de las ideas". En el primero, de abril de 1896, como hemos visto, Unamuno denuncia la ausencia de ideas bien definidas entre los jóvenes: "El rasgo más íntimo de esa juventud gedeonizada es la *ideofobia*, el horror a las ideas": necesita una *metarritmisis*<sup>29</sup> —patentemente lo contrario de su tesis posterior—. Aún más notable es "La dignidad humana" (enero de 1896) en que surge muy claramente la preocupación por *distinguirse*, por ensalzar el valor de cambio que uno tiene como individuo; lo distintivo es que el Unamuno de entonces rechaza decididamente ese individualismo, inseparablemente unido al sistema capitalista, en favor de la colectividad y los valores progresistas.

Así sucede, que el proceso capitalístico actual, despreciando el valor absoluto del trabajo, y con él el del hombre, ha creado enormes diferencias en su justipreciación. Lo que algunos llaman individualismo surge de un desprecio absoluto precisamente de la raíz y base de toda individualidad, del carácter específico del hombre, de lo que es a todos común, de la humanidad. ... Como fruto natural y maduro de concepción semejante, y de las que de ella fluyen, ha venido un oscurecimiento de la idea y el sentimiento de la dignidad humana. No basta ser hombre, un hombre completo, entero, es preciso *distinguirse*, hay que subir lo más alto posible del cero de la escala y subir de cualquier modo, hay que adquirir valor social de cambio. ... La cuestión es elevarse y distinguir, *diferenciarse* sin respeto alguno al necesario proceso paralelo de integración. Hay que llegar a originalidades, sin advertir que lo hondo, lo verdaderamente original, es lo originario, lo común a todos, lo humano (OC, III, págs. 445-6).

Como subrayó agudamente Pedro Corominas, que citaba éste y otros trozos del ensayo<sup>30</sup>, lo característico del Unamuno posterior había de ser precisamente esto: afán de *diferenciarse* a toda costa, prescindiendo precisamente de todo lo que él había entendido por dignidad humana. A este

<sup>28</sup> Zub. *Inserción*, pág. 34.

<sup>29</sup> OC, III, págs. 461-71.

<sup>30</sup> "La trágica fi...", págs. 159-60 y 163.

prurito de exhibirse pertenece el 'erostratismo' que durante varios años le obsesionó tan hondamente<sup>31</sup>; afán de afirmar de modo imborrable su yo, no tanto para acrecentar su valor social de cambio sino para dejar huella en el mundo, para sobrevivir. Pero la posición colectivista de "La dignidad humana" no está muy lejos de la de los anarquistas que dirigían sus críticas contra el Unamuno transformado de 1899. ¡Por algo reclamaba éste el derecho de contradecirse! De criterio parecido es otra observación, muy significativa, de 1895, en una carta a "Clarín": "la soledad en que vivo creo que me fortifica pero es empobreciéndome, acusando en mí lo diferencial y excluyente a expensas del fondo humano que con el trato se vivifica" (*Epist. Clarín*, pág. 49). La austera meseta castellana ya se sabe que reflejó para Unamuno la visión de la personalidad humana achicada por los vastos espacios, del Dios íbero imponiéndose a la nada, de todo el contenido, en fin, del sentimiento trágico; en 1895, al contrario, no se ha entregado por completo al arrebató amargo y viril del paisaje salmantino.

Siendo los resultados de sus reflexiones tan distintos en 1899 y en 1895 —si bien dentro de la misma línea temática y expresiva— creo que cabe en cierta medida hablar, como hizo Corominas<sup>32</sup>, de dos Unamunos, uno que supo dominar sus pujos de individualismo y otro que se dejó llevar, no sin resquemores considerables, por el afán de meter ruido.

\* \* \*

Llegamos, por fin, a comentar las censuras que hicieron a Unamuno los dos progresistas, en las cuales llegan a la luz pública sus discrepancias con ese individualista que hasta entonces había coincidido en gran parte, pero de modo bastante idiosincrásico, con sus opiniones. No tiene nada de extraño que a "Gil Blas de Santillana" le pareciese la actitud de Unamuno frente a las ideas una evasión de la responsabilidad social: Unamuno estaría buscando, según su modo de ver, una salida para no oponerse decididamente a la reacción. Así ve en la ideofobia unamuniana una manera de conformarse con todo y de plegarse ante la fuerza, idealizada como manifestación de la personalidad. Recordemos de paso la disputa

<sup>31</sup> Véanse "Olgíati" (22. VIII. 1900), *OC*, VIII, págs. 666-69; "Glosas al Quijote: el fondo del quijotismo" (22. XII. 1902), *OC*, V, págs. 596-600, y sobre todo *Amor y pedagogía* (1902): [Habla Don Fulgencio]. "El erostratismo es la enfermedad del siglo. ¿Sabes quién fue Eróstrato? Fue uno que quemó el templo de Efeso para hacer imperecedero su nombre; así quemamos nuestra dicha para legar nuestro nombre, un vano sonido, a la posteridad... No creemos ya en la inmortalidad del alma y la muerte nos aterra, nos aterra a todos, a todos nos acongoja y amarga el corazón la perspectiva de la nada de ultratumba, del vacío eterno". (*OC*, II, pág. 543)

<sup>32</sup> *Corr. Corominas*, I, págs. 422-23, atacado por Zubizarreta, "Unamuno y Corominas".

que sostuvo unos años antes con Anselmo Lorenzo sobre si Dios era hipótesis o una fuerza social<sup>33</sup>. Unamuno, por lo tanto, a sabiendas o no, juega el partido de los reaccionarios y clericales: suena "a carlista, en una palabra, pero carlista con chorreras modernas y desplantes filosóficos para cubrir el género", y lleva por añadidura el sello jesuítico de sutil y halagadora hipocresía. No será esta la única vez que se le acusará a Unamuno de espíritu jesuítico. La misma insinuación la apunta algo maliciosamente el joven Ortega al escribir a Unamuno en 1904<sup>34</sup>.

Más curioso resulta ver clasificado a Unamuno entre los modernistas, decadentes y estetas.

Por último, he oído que se le clasifica entre esa falange (*sic*) de *modernistas* sin ideas definidas, grupo en que caben los estetas (quiero significar los secuaces de D'Annunzio), los decadentes, y pudiéramos decir degenerados, los neuróticos y todo género de *posseurs* (*sic*) más o menos intelectuales, extravagantes, delicuescentes y otros *ales* y *entes*, para quienes todas las ideas son buenas y ninguna; tan pronto aparecen místicos, tan pronto cínicos; hoy los vemos retrógrados, mañana más que anarquistas, y siempre escépticos, utilitarios como arañitas de la literatura; flexibles ante el poder, la fuerza (¡oh, la fuerza! es su Dios) o el provecho, como espinazo de cortesano ante su *señor* y dejando ver en cuanto se quitan un poco de ropa, la marca JHS jesuítica en las espaldas.

Después de intentar distinguir entre *ideas* y *convicciones*, continúa nuestro progresista con una referencia de lo más despectivo a Maeztu, entonces en el apogeo de su furia demóledora de joven bárbaro:

Esas teorías tan especiosas, puestas en un artículo tan amigablemente dirigido a quien como Maeztu proclama que debemos negar la justicia, el derecho, la libertad, el honor, la conmiseración y la beneficencia como chifaduras de imbéciles, y que debieran los ricos atropellar o matar con el revólver a los pobres que les impidieran el paso en la calle; esas teorías serán el Evangelio de todos los jóvenes hampones, sin ideas, ni conciencia, ni honor, porque con ellos se puede figurar hoy en un club demagógico, y mañana, recorrida toda la escala, hacer ejercicios espirituales con los jesuitas, como los hace Unamuno, y se puede todo *mientras pase la peseta*, que el pasar la hace buena. ¡Qué delicia!

Al hacer esta referencia concreta a unos ejercicios espirituales que hiciera Unamuno con los jesuitas, ¿tenía "Gil Blas" alguna noticia de las relaciones de Unamuno con el Padre Lecanda (que no era jesuita) o de

<sup>33</sup> Zubizarreta, "Desconocida antesala... "pág. 10, en que cita una carta de Lorenzo del 17. IX. 1895.

<sup>34</sup> "Almas de jóvenes", *OC*, III, págs. 718-36. Véase art. citado, "Unamuno and the Younger Writers in 1904", págs. 88-90.

algún contacto con la Sociedad para nosotros desconocido? En una carta a Jiménez Ilundain del 26 de enero de 1900 Unamuno discurre sobre su amistad con algunos curas jóvenes, a quienes había prestado ciertos ejemplares de teólogos 'modernistas' como Loisy<sup>35</sup>. Nótese además que ya en 1892 Unamuno proyectaba una serie de estudios que había de titularse *Ejercicios espirituales*<sup>36</sup>; quizás sea el mismo que las *Meditaciones evangélicas*<sup>37</sup> que tenía meditadas y medio escritas en 1899. Sigue "Gil Blas":

Y como de ideas y casacas, mudar de amores, de religión y de todo, según los dictados del egoísmo, único imperativo categórico, ley, derecho, justicia, verdad y bien en esa hampa intelectual y *esteta*.

Pues eso, hablando en plata, no es combatir la tiranía de las ideas, sino ir derecho hacia la *tiranía sin ideas*; porque las ideas, esto es, convicciones, serán siempre contrarias a la tiranía, que jamás podrá ser justicia, derecho y bien.

Si eso no significa proclamar el despotismo brutal de la fuerza, la adoración del éxito y la cuquería más bellaca, no hay lógica en el mundo; a bien que contra la tiranía de la lógica van todos los tiros.

La verdad es que una generación así informada, pocos obstáculos pondrá al jesuitismo, que es *una fuerza*, a la misma Inquisición, *pasajero fenómeno* que puede volver a pasar; y si los jesuitas logran que la gente simplona y vulgar se asuste de esas cosazas fin de siglo, no sin apropiarse lo cómodo de ese mudar de casacas, cádate al liberalismo desacreditado, que es a lo que estamos.

Pero aparte de estas reiteradas críticas más o menos políticas, "Gil Blas" da una interesantísima descripción personal, notable, dada su fecha temprana, por su conocimiento no sólo de la obsesión de la muerte sino de las costumbres salmantinas, de los largos y solitarios paseos de don Miguel:

Leo anteriores trabajos del susodicho. ¡Horror! ¡Qué pesadez y apelmazamiento! ¡Qué estirada pedantería e inmoderado afán de exhibirse y distinguirse! Pero, sobre todo, ¡cuánta incoherencia y qué castellano el de Unamuno, Dios santo!

Después supe que este señor era catedrático de Salamanca, ¡acabáramos!, hombre extraño con ribetes de misántropo, a quien es frecuente ver paseando sólo por lugares apartados, huyendo de la gente, como Kant, y preocupado

<sup>35</sup> *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (1948), pág. 342; citado por V. Marrero Suárez, "Unamuno, clergyman", *Punta Europa*, núm. 4, abril 1956, y en *El Cristo de Unamuno* (1960), pág. 56.

<sup>36</sup> Carta a Juan Arzadun del 17.VII.1892, citada por Sánchez Barbudo, *Estudios...*, pág. 32.

<sup>37</sup> De ellas habla en varias cartas a Jiménez Ilundain, del 3.I.1898 y 25.III.1898, por ejemplo, *RUBA* (1948), págs. 47-87. La más importante, indudablemente, es "Nicodemo el fariseo".

con una idea que es, dicen, el terror de su vida, la obsesión constante, lo que no puede pensar sin escalofríos, la idea de que debe morir.

Esto explica, según algunos, su amistad con curas, y más aún, con jesuitas (ya parecieron) que le corresponden bastante...

A Gomila le atrae, más que nada, la idiosincrasia de don Miguel. Habiendo leído un artículo suyo hacía un año, exclama: "Ya por entonces, no sé por qué, pero me olía a excentricidad o a pujos de misticismo, de un misticismo exótico, mezcla de pulcritud y ostentación, de fervor e independencia, la manera de ver y apreciar del catedrático salamanquino". El también asocia a Unamuno con los jóvenes, si bien es consciente de los 35 años que tiene éste cumplidos, por este afán de ostentarse:

Noto (entre los jóvenes) un prurito, una comezón de singularizarse, que a mi juicio, encierra una vanidad pueril o un afán de meter ruido estupendo. Veo muchos jóvenes de entendimiento ir a veces contra el sentido común por puro capricho, según las trazas, pues no he de suponerles faltos de talento para más dignas empresas y mejores fines. Si no por la edad por el sesgo, el Sr. Unamuno va por mí incluido en esa estimable juventud.

Pero sobre todo le censura la piedad desplegada a deshora que habría sido mucho más conveniente para las víctimas de Montjuich que para sus opresores. Le exige más sinceridad y al mismo tiempo más claridad. Termina preguntando si su artículo no será "una fina figuración cínica, una finísima sátira con que ha pretendido sorprender, o equivale a sacarle punta a un asunto hartamente antipático. Es demasiado *alambicar!*".

Igualmente desapercibidos anduvieron los dos solemnes revolucionarios por la fuerza expresiva del impetuoso lenguaje creado por Don Miguel. "¡Cuánta incoherencia y qué castellano el de Unamuno, Dios santo!" es el juicio de los dos. No escasean por esta época críticas semejantes; compárase, por ejemplo, la censura de un tal "Clavígero" en *Alma española* de febrero de 1904: "su enorme falta de estilo lo hace soporífico cuando no ininteligible". Corominas, en cambio, cultivador de otro idioma, tenía mayor perspicacia, alegando en una carta en que por otra parte formula graves censuras a las meditaciones filosóficas unamunianas:

Eso que otros dicen ser el principal defecto de V. es una de las cosas que más me gustan: su lenguaje. En castellano parece que todo ha sufrido la imposición de la Academia... Y por esto su forma personal de escribir me gusta, porque rompe todo eso, y trabaja en un lenguaje como en materia viva. (*Corr. Corominas, I pág. 420*).

En resumidas cuentas. Para estos anarquistas, graves, fanáticos, sinceramente convencidos de que habían descubierto la causa y la solución de

la miseria humana, resultó el cambio de criterio de Unamuno, aunque no inesperado, algo misterioso e incomprensible<sup>38</sup>. La extraordinaria franqueza de Unamuno que se metió a explicar sus inquietudes al vasto círculo de sus amigos epistolares les impidió que lo consideraran un sencillo caso de claudicación, y recurrieron por lo tanto, perplejos, a otras explicaciones: que tenía mentalidad carlista, concepto quizás nutrido por unas vagas nociones de *Paz en la guerra*; una complejidad de alma inoportuna o un exceso de sutileza que se les antojaba jesuítico gracias al zigzaguo del pensamiento unamuniano, sacando a relucir así su *bête noire* predilecta; o una neurastenia que le enlazaba con los modernistas y por eso con los jóvenes. Muy otro parecía Unamuno, por otra parte, desde el campo modernista: cinco años más tarde Gómez Carrillo tildó a Unamuno de profesor pedante que no había sido nunca joven<sup>39</sup>.

Unamuno comprendió muy bien, desde luego, la estructura mental de sus ahora adversarios, a quienes describió a Corominas en una carta que trata directamente de sus discrepancias con ellos: "cuando hablé de Portas —dice— se me vinieron encima". Corominas, que también había reaccionado contra las soluciones ácratas aunque no precisamente en el mismo sentido que Unamuno<sup>40</sup>, se había burlado de las *ideias* de los libertarios barceloneses, de los que el más conspicuo era Federico Urales (de nacimiento Montseny) compañero suyo en los calabozos de Montjuich, reflejando con esa ortografía la catalanísima pronunciación que tenían ellos del castellano<sup>41</sup>. Unamuno comenta, en unas líneas que demuestran claramente el punto de partida de "La tiranía de las ideas":

Hay una soberbia sutilísima, y es la de creerse poseor de la ciencia. La ciencia dice esto; la ciencia dice lo otro; está demostrada tal cosa; carece de cultura quien afirme tal otra; ése es un ignorante, aquél es un extraviado, etc., etc. Yo poseo las *ideias*, todo lo demás está mandado retirar. El cristianismo es una tontería; ya nadie discute de religión; todo eso proviene de debilidad fisiológica; la debilidad es cosa de vencidos. ¿Quién nos librá, Dios mío, de esta soberbia de muerte? (*Corr. Corominas*, I, pág. 425).

\* \* \*

<sup>38</sup> Corominas dice: "creo que no hay aquí [en Madrid] (nadie) que haya comprendido las crisis por que ha pasado V.". Además, es interesante notar que por defender a Unamuno le tachan a Corominas según el mismo criterio que emplearon los anarquistas contra Unamuno. "Lo más chocante es que por lo que me oyen decir en este sentido, hay algunos que me creen místico. Salmerón me ha dicho que yo acabaría siendo jesuita". *Corr. Corominas*, I, pág. 419.

<sup>39</sup> Véase art. citado, "Unamuno and the Younger Writers...", pág. 91.

<sup>40</sup> La carta del 27.IX.1897 demuestra una completa desilusión hacia el materialismo, pero no llega a creer, o querer creer para convencerse que cree, de la misma manera que Unamuno.

<sup>41</sup> Carta de Unamuno del 15.XII.1899, y notas 39 y 41 de J. Corominas, *Corr. Corominas*, I, pág. 424.

La misma incomprensión ácrata y el mismo intento de definirlo rigen en *La evolución de la Filosofía en España*, obra curiosa y significativa, que Urales empezó a publicar en *La revista blanca* en 1900 y que muchos años más tarde salió en forma de libro<sup>42</sup>. Urales había demostrado ya su desacuerdo con Unamuno un par de veces en la prensa de izquierda, primero sobre la primera interpretación unamuniana de Don Quijote<sup>43</sup> y segundo sobre la figura bíblica de Nicodemo el fariseo. Esta segunda crítica tiene gran interés. Urales escribió en *La revista blanca*, núm. 36, 15 de diciembre de 1899, sólo tres meses después de la increpación de Gomila, un artículo llamado "Nicodemo el humano", destinado claramente a refutar los argumentos del *Nicodemo* unamuniano. Es un ejemplo excelente de las extraordinarias nociones sobre el cristianismo sostenidas por los anarquistas, que dotan al mismo Jesús de esos sentimientos malsanos y decadentes que encuentran en Unamuno y en todo escritor moderno que contemporice con la sociedad existente. Para Urales, Nicodemo es típico de la mayoría de los hombres, bueno sin ser revolucionario. La llamada de Jesús, en cambio, tan profundamente conmovedora para Unamuno, pretende, según Urales, reducirle a un estado indigno de servidumbre.

... a los espíritus revolucionarios corresponde establecer la sociedad que pondrá a la mayoría de los humanos en posesión de sus derechos, de sus goces... Jesús... quería que Nicodemo volviese a nacer, respirando muerte, y que el género humano se dignificara comiendo indignidad, y no tan sólo comiendo dignidad, sino sujetando los débiles a los fuertes, los pobres a los ricos, los siervos a los señores... No podía ser porque Jesús, que, como poeta, quizás fuese excelente, pero que como hombre debió ser una calamidad, un resumen de la decadencia romana, sin energías físicas *ni morales*, sin ganas de gozar ni de vivir, tomó vida por muerte y hombres por cadáveres.

Las posiciones son manifiestamente irreconciliables porque las opiniones ácratas caen completamente fuera del ámbito espiritual cristiano que respira Unamuno y dentro del cual, sea lo que sea su heterodoxia, se le ha de definir y juzgar.

No es extraño, pues, que en las páginas, de extraordinario interés, que dedica a Unamuno en su obra, Urales encuentre gran dificultad en encajarle dentro de una ideología determinada. El cree, afirma Urales, reflejando a su modo "La tiranía de las ideas", como otros escritores de gran prestigio —Martínez Ruiz, Ramiro (de) Maeztu, Pío Baroja: es la Generación del '98 vista por un anarquista— "que el escritor no debe tener ideales, lo que se llama credo, solución" (pág. 203). Así, "La mentalidad

<sup>42</sup> Biblioteca de *La revista blanca* (Barcelona, 1934), 2 vols.

<sup>43</sup> Véase la nota de M. García Blanco a "¡Muera Don Quijote!", *OC*, V, página 653. Urales publicó en *El Progreso* dos crónicas sobre esta interpretación a las que Unamuno replicó con otras dos cartas abiertas.

del rector de la Universidad de Salamanca flota en todas las atmósferas, en todas las ideas, en todos los sistemas y de todos se escapa..." (pág. 211). Peca, según Urales, de demasiado complejo: "Eso les ocurre a todas las almas complejas; ven demasiados aspectos de un mismo asunto y no se deciden por ninguno. Después llaman a su falta de voluntad y de energía, libertad de conciencia" (pág. 212). Al mismo tiempo, no obstante, le rinde un sentido tributo personal: "Miguel de Unamuno podrá carecer de ideas sólidas, claras, determinadas; pero es una bella persona, un corazón de niño y un talento extraordinario, merecedor y afanoso de amistades" (pág. 205).

Urales también da cabida a un documento muy importante que es la carta que le escribió hacia 1901 en contestación a su pregunta sobre las influencias filosóficas que había sufrido<sup>44</sup>. Este no olvida, por supuesto, al contestar, las diferencias de orientación que le separan de su corresponsal. "Conozco bastante bien —dice— las ideas de usted, que si me parecen muy justas en cuanto afirman, no así en cuanto niegan". Después de hablar de sus lecturas entre las cuales destaca Hegel, y de describir su crisis de 1897, afirma que su "fondo era y es, ante todo, anarquista. Lo que hay es que detesto el sentido sectario y dogmático en que se toma esta denominación. El dinamitismo me produce repugnancia... Tolstoy ha sido una de las almas que más hondamente han sacudido la mía; sus obras han dejado una profunda huella en mí". Y sigue, remachando su oposición a las ideas fijas y al mismo tiempo separándose del esteticismo de que le acusaban:

Lo que cada día se me arraiga más es mi repugnancia al sectarismo, a las opiniones exclusivistas, a los afirmativos, a los que tratan de ignorante, o chiflado, o débil al que como él no piensa... La sequedad intelectual, sin fondo de sentimiento, me da miedo; el arte docente y al servicio de un ideal político o económico, me es sospechoso. Sin ser un esteta, antes bien detestando el esteticismo, detesto aún más el antiesteticismo.

Y volviendo en el último párrafo a la censura proferida por los anarquistas que más debió herirle, la de ser débil<sup>45</sup>, declara:

De lo que protesto es de que me crean un débil o un neurasténico. Gozo hoy de una salud a prueba de bomba, y de un excelente vigor físico. A correr y saltar, respirar y digerir me pongo con los mejores. Esas explicaciones de ciertos estados de conciencia por desequilibrio fisiológico o debilidad me

<sup>44</sup> El único crítico que ha tenido en cuenta esta importante carta es M. García Blanco: Prólogo a *OC*, III, págs. 14-15 y 21, y "La cultura alemana en la obra de Miguel de Unamuno", *Romanistisches Jahrbuch*, VIII (1957), págs. 322-23. Apareció primero en *La revista blanca*, núm. 108, 15.XI.1902, según J. López-Morillas, reseña de Clavería, *Temas de Unamuno*, *Hispanic Review*, XXIII (1955).

<sup>45</sup> Véase art. citado, "Unamuno and the Younger Writers...", pág. 97.

parecen una superficialidad aplastante. Es como si yo explicase ciertos dogmatismos o sectarismos (hay el dogmatismo del antidogmatismo). por endurecimiento cerebral.

\* \* \*

El cambio de criterio radicado en la crisis de 1897, y anticipado hasta cierto punto unos años antes, cristalizó en 1899 en un par de artículos que habían forzosamente de provocar un distanciamiento político de sus antiguos compañeros libertarios, seguros y firmes en sus aspiraciones sociales y en su militante ateísmo. Unamuno no había dudado en defender a sus amigos en el trance peligroso del proceso de Montjuich, y de modo muy característico no dejó de mantener relaciones más o menos cordiales con los elementos progresistas, pero al reaccionar éstos contra la dañina flexibilidad de criterio suya y la actitud compleja y equívoca que reveló frente a las reivindicaciones izquierdistas, se produjo la clara y decisiva ruptura ideológica. La aparición de los *Tres ensayos* de 1900, característicos de su nueva orientación, no hizo más que remachar la creciente divergencia de miras. Los teorizantes ácratas se esforzaron en explicarse a este bicho raro, acudiendo como soluciones al jesuitismo, a la sutileza innecesaria, a la neurastenia modernista y criticando la poca claridad de su lenguaje, pero cuantos deseos tuvieron ellos, confiados en su cientificismo clasificador, de fijarle dentro de una categoría determinada, tantas veces se les escapaba de las manos ese hombre con su supremo aborrecimiento de verse encasillado que fue Miguel de Unamuno. Urales tenía sobrada razón al concluir en 1901:

Para anarquista, le sobra espíritu religioso y le falta mirar recto y *ver claro*. Para socialista, le sobra independencia. Para católico, amor y pensamiento. Para ateo, le sobra la esencia de su ser, todo su ser. Donde estaría mejor, aunque no con absoluta propiedad, es en el anarquismo místico, a lo Tolstoi; en el anarquismo cristiano, pero también de allí se escaparía. (pág. 211).

GEOFFREY RIBBANS

Universidad de Sheffield (Inglaterra).